Raíz

No diré mi nombre. No creo que sea necesario para el tema a tratar y podría distraer la atención de lo verdaderamente importante. Lo que sí diré es que toda mi vida la he pasado en una ciudad en la costa del sureste español. Contadas eran las veces que yo la había abandonado y siempre por motivos médicos o laborales. Tenía mar y montaña, tenía campo y ciudad, tenía autovías y caminos sin asfaltar; en resumen, nada podía necesitar yo que no tuviese ya.

El primer episodio sucedió una calurosa noche de verano. En aquella ocasión no le di ninguna importancia y lo traté como un sueño cualquiera. En él yo me encontraba sentado en una terraza al sol. Veía pasar a niños jugando y coches anticuados más rápido de lo que se consumía mi cigarro. Delante de mí había un guiso negro donde pude distinguir algo parecido a habichuelas con arroz y yo lo comía con gusto mezclándolo con el humo. En la mesa también estaba sentado un hombre muy moreno cuya camisa impecablemente blanca relucía bajo el agradable mediodía. Aunque él no paraba de hablar, yo no comprendía sus palabras. Yo sólo miraba a mi alrededor. Aquel lugar era maravilloso. Aun así, lo mejor vino cuando tiré la colilla al suelo y pude oler aquel aroma caribeño de sal y especias.

Me desperté de nuevo en la que había sido mi ciudad toda la vida. Quería regresar, pero volver a dormir sería inútil. Aquel lugar se había perdido entre los muchos sueños que se nos escapan. Me di una ducha y desayuné. Para cuando había terminado de vestirme, el sueño ya se había ido de mi mente y me ocupaba de asuntos del trabajo.

Ya he dicho que no le di importancia, ¿cómo dársela? No era más que un sueño corriente. Si un hombre se parase a analizar lo que había ocupado su cabeza cada noche perdería el curso de lo que ocupa su cabeza por el día.

La segunda vez que ocurrió fue aún más nítida que la primera, pero ocurrió en un lugar distinto. Esta vez me encontraba paseando por una gran ciudad abarrotada de turistas y vendedores ambulantes. Entonces yo, o la persona a la que estaba soñando, me giré y vi un palacio enorme que me devoraba. Una construcción titánica de arcos blancos y cúpulas doradas. Me abrí paso como pude entre la masa de gente y me ofrecieron imanes, llaveros y bolas de nieve. Definitivamente no me encontraba en mi ciudad. Al pie de la escalera de entrada al palacio unos músicos callejeros tocaban como si les fuese la vida en ello, bajo los flashes de turistas curiosos.

No pude saber más de aquel lugar porque me volví a encontrar en mi cama de siempre. En ese momento rescaté el recuerdo del primer sueño, meses antes. Debía de haber una relación entre ellos. Tomé un bolígrafo y un cuaderno y apunté los detalles que pude recordar de los dos casos. En esos momentos estaba en lugares desconocidos dentro de pieles ajenas y me gustaba aquella sensación. Lo más extraño es que había visto detalles que no conocía antes de soñarlos y, después de una buscarlos, comprobé que eran ciertos. Decidí que no empezaría a preguntar con sólo dos casos aislados, y el tercero no se hizo esperar.

Una noche cualquiera me vi transportado de nuevo a un cuerpo diferente. Me encontraba en una sillita de madera frente a un anciano de rasgos asiáticos. Yo en esos momentos también notaba el peso de la edad sobre mi cuerpo. La pequeña mesa que nos separaba era el escenario de un juego con fichas de

marfil. Miré a mi alrededor y obtuve toda la información posible para cuando despertase. Gritos, coches, puestos de un mercado; la calle era demasiado pequeña para que tantas cosas cupieran en su interior. Cogí una de las fichas de marfil y la coloqué boca arriba dejando ver el dibujo de un pájaro. El rugir de una moto a dos pasos de mí me sobresaltó haciendo caer la pieza.

Me desperté y corrí a apuntar cada detalle en el cuaderno. Todo se mantenía fresco en mi mente y fui dejando que fluyese al papel. Ya había tenido tres sueños en los que viajaba a un lugar desconocido del mundo y parecía el momento justo para consultarlo con alguien que pudiese darme una explicación.

Todos aquellos a los que les referí mi situación reaccionaron de forma similar. Me decían que no era más que un sueño y que aquellos escenarios tan detallados los habría sacado de alguna película. ¿Pero cómo explicar los olores, los sonidos o los sabores? Finalmente di con alguien que pudo aconsejarme. Él era un amigo muy cercano de otro amigo mío y, cuando le conté lo que me pasaba, él reconoció el mismo caso que le había ocurrido a su padre diez años antes. Yo le pregunté si había encontrado una explicación y él se encogió de hombros. Hacía tiempo que el hombre se había encerrado en una biblioteca andaluza y no salía de allí. Sus hijos hablaban con él y lo visitaban, pero no sabían mucho más.

Tenía que ir a verle. Esos sueños se estaban convirtiendo poco a poco en una obsesión que ocupaba cada vez más tiempo en mi vida. Reservé un hotel a dos calles de la biblioteca en cuestión y llené el depósito de gasoil dispuesto a salir a la mañana siguiente. Estaba ansioso por conseguir respuestas y una parte de mí estaba seguro de que las conseguiría.

Esa misma noche volví a salir de mi cuerpo. Lo primero que sentí fue un frío seco que me quemaba la piel. En todas las direcciones se distinguían montañas más altas de las que yo había visto nunca, igual de altas que en la que yo estaba. Un poco más arriba el suelo estaba tapizado en una nieve permanente. Si desviaba la vista hacia abajo veía entonces una gran extensión verde salpicada de lagos. Allí permanecí, inmóvil, respirando el aire frío en un silencio total.

Anoté los detalles que pude recordar antes de subir al coche. Atravesé todo el campo andaluz de un extremo a otro y llegué a mi destino a mediodía. Una biblioteca municipal en un pueblo con poco más de cinco mil habitantes. Desde el exterior era un bajo corriente con un cartel en plástico bastante discreto; sin embargo, al cruzar la puerta podías sentir la magia de los miles de volúmenes apilados en las estanterías.

En el lugar sólo había una persona y supe al momento que era a quien yo buscaba. Un hombre delgado, de baja estatura y pelo blanco por la edad, que estaba inmerso en la lectura de un libro que parecía aún más antiguo que él. No hizo falta que dijese nada para que supiese qué me había llevado allí. Me senté junto a él y dejó el libro a un lado. Le pregunté si era él quien había tenido sueños en los que se encontraba en otros lugares siendo otras personas y asintió. El final del viaje. Le pedí entonces que me explicase qué pasaba. Su voz cercana y amable me aclaró las ideas.

“No eres el primero que acude a mí con esas preguntas. Yo tampoco fui el primero hace ya muchos años. Siempre ha habido gente como nosotros en el mundo. Existe un vínculo especial, que nace de nuestra historia y de nuestra cultura. No es necesario haber ido a las montañas de Chile para poder

reconocerlas porque hay en ellas un poco de ti y un poco de España. Pero lo bonito es que también hay en España un poco de Chile, como hay un poco de Cuba, de Uruguay, de República Dominicana o de Filipinas. Sólo cuando ves esta comunidad histórica en su conjunto puedes entenderla, como piezas de un gran puzle. Es por eso por lo que mientras tú duermes viajas al cuerpo de otros con tus mismas raíces, al igual que ellos viajarán a ti cuando estés despierto. Una vez que te des cuenta de esto lo sentirás constantemente y ya no podrás ignorarlo. En cada rincón de tu ciudad y de todo el país verás la firma de otras culturas que ayudaron a levantarlo. Siéntete orgulloso."

Desde aquella conversación los sueños son cada vez más habituales. Un pescador gallego, una costurera argentina, un panadero canario o un científico en la Antártida. Cada día sueño en un lugar diferente, sin salir de España.